

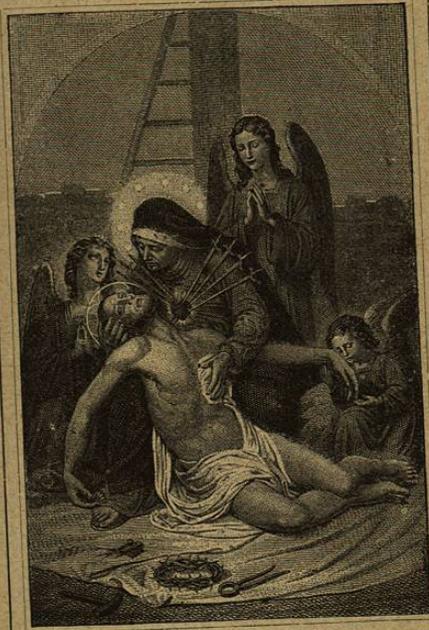
ABRIL.

*El Corazón afligido de Jesús,
víctima perpetua.*

Aunque el piadoso ejercicio de la Hora Santa tenga por fin especial honrar los dolores del Corazón de Jesús en Gethsemaní, es bueno, sin embargo, que el alma fiel recuerde que la agonía del Salvador no comenzó ahí, que su vida se deslizó en una desolación no interrumpida y que fué un océano de amargura sin límites. Esto fué lo que Nuestro Señor reveló un día á Santa Margarita de Cortona, diciéndole que *durante toda su vida no habia experimentado el menor consuelo sensible.*

La tristeza que manifestó en el Huerto, lo había sobrecogido ya desde el primer momento de su encarnación. *Mi dolor*, decía por boca del Salmista, *está continuamente ante mis ojos;*¹⁾ y desde entonces empezó á

¹⁾ Ps. 37, 14.



Atended y mirad si hay dolor como mi dolor.

ofrecerlo en satisfacción de nuestros pecados. Reveló á uno de sus siervos que desde el principio de su vida hasta su muerte, había sufrido sin cesar y tan cruelmente, que, si hubiera tenido tantas vidas como hombres hay, habría otras tantas veces muerto de dolor, si Dios no le hubiera conservado la vida para sufrir más tiempo. ¡Ah! ¡qué martirio para el Corazón de Jesús tener continuamente ante los ojos todos los pecados de los hombres! *Vio sin cesar,* dice San Bernardino, *cada falta de cada uno de nosotros,* y cada una de esas faltas lo afligía inmensamente.

Se tiene cuidado de esconder á los enfermos el hierro y el fuego que deben emplearse para su curación; pero respecto de Sí mismo, no quiso Jesús que los instrumentos de dolor que debían darle la muerte para devolvernos la vida, le fuesen ocultados; tuvo sin cesar ante los ojos, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz, que iban á sacar de sus venas hasta

la última gota de sangre y hacerlo expirar de puro dolor.

Encontrándose la hermana Magdalena Orsini desde largo tiempo en una gran tribulación, se le apareció Jesús crucificado, á fin de fortificarla mediante el recuerdo de su pasión, y la exhortó á sufrir con paciencia. La sierva de Dios le respondió: *Pero, Señor, Vos sólo estuvisteis tres horas sobre la cruz, mientras que yo sufro esta pena desde muchos años.* El Señor le dijo entonces, reprendiéndola: *¡Ah ignorante! ¿qué dices? desde el primer instante que estuve en el seno de mi madre, sufrí en mi corazón todo lo que más tarde debía sufrir sobre la cruz.* Por esto puede deducirse que en cierto modo Nuestro Señor ha estado sobre la cruz durante toda su vida. *Aún cuando dormía,* dice Belarmino, *la cruz no cesaba de atormentar su amante Corazón.*

Así toda la vida y todos los días de nuestro divino Redentor fueron

vida y días de dolor y de lágrimas, ¹⁾ su Corazón adorable no pasó un instante sin sufrir; velando y durmiendo, trabajando y descansando, orando y conservando, Jesús tuvo siempre ante los ojos esa cruel representación que atormentaba mucho más su santa alma que los más bárbaros suplicios con que atormentaron á los mártires. Los mártires sufrían, pero ayudados de la gracia, y soportaban sus tormentos con la alegría y el consuelo que infunde el fervor; Jesucristo, al contrario, sufría, pero siempre con un corazón lleno de tedio y de tristeza.

San Juan Crisóstomo deduce de ahí que *sólo el pecado debe entristecernos*, y que así como Jesucristo fué afligido durante toda su vida por nuestros pecados, con mayor razón nosotros que los hemos cometido, *debemos llorarlos sin cesar*, recordando que hemos ofendido á un Dios que tanto nos ha amado.

¹⁾ Ps. 80, II.

Imitemos á Santa Margarita de Cortona, aquella ilustre penitente, que no cesaba de llorar sus faltas. Su confesor le dijo un día: *Margarita, calmaos, no lloréis más: Dios os ha perdonado.* — ¡Ah! Padre mio, respondió ella, *¿cómo puedo cesar de llorar mis pecados, sabiendo que ellos han afligido al Corazón de mi Salvador durante su vida entera?*

No nos contentemos sólo con arrepentirnos de nuestras faltas. Ya que el Corazón inocente de Jesús ha querido sufrir durante toda su vida la pena debida por nuestros pecados, sepamos igualmente recibir con paciencia todas las penas que nos sobrevengan, sin quejarnos de su duración. Así, cuando el Señor nos visite por medio de alguna enfermedad, de algún contratiempo, persecución ó desolación, humillémonos y digamos: Señor, yo merezco esta pena, porque os he ofendido. Humillémonos, digo, y consolémonos; porque, si Dios nos castiga en esta vida, es prueba de

que quiere preservarnos del suplicio eterno. Así decía Job: «*Pueda yo tener el consuelo de que el Señor me aflija y no me perdone nada*»¹⁾ aquí en la tierra, para que me perdone en la otra vida.» Pues bien: el que ha merecido el infierno ¿cómo puede quejarse de las cruces que Dios le envía en esta vida? Si las penas del infierno fueran pequeñas, aún deberíamos preferir el sufrir todos los males temporales, que al fin terminan, antes que soportar esas penas, que, aunque las imaginemos ligeras, siempre serán eternas; qué no haremos pues, sabiendo que el infierno es la morada de todos los dolores, y que todos los dolores son grandes y eternos?

Supongamos que hayamos conservado la inocencia bautismal y que no hayamos jamás merecido el infierno, ¿no es verdad que al menos habremos merecido un largo purgatorio? Ahora bien, recordemos lo que

¹⁾ Job 6, 10

sufren las almas en ese lugar de expiación. *El fuego que las quema, dice San Agustín, es un tormento que sobrepaja todo lo que el hombre puede sufrir en esta vida.* Hé ahí por lo que hace á la pena de los sentidos; pero la pena de daño, ó la privación de la vista de Dios, es, dice San Juan Crisóstomo, *un suplicio incomparablemente mayor que la pena de los sentidos.* Considerémonos pues felices con ser castigados en esta vida más bien que en la otra; cuanto más que si en esta vida sufrimos las penas con paciencia, sufriremos con mérito, mientras que en la otra sufriremos por más tiempo y sin mérito.

Práctica.

Considerando á Jesús afligido en el Huerto, pensaré en las almas afligidas del purgatorio; rogaré por ellas y tomaré la resolución de evitar las faltas que causan su larga agonía, como ellas han sido la causa de la de Jesús.

Afectos y súplicas.

Amadísimo Jesús mío, son mis pecados los que os han causado esta grande aflicción; si hubiera pecado menos, menos habríais sufrido; mientras más he gozado ofendiéndoos, más he aumentado vuestra pena. ¡Ay! ¡cómo no muero de arrepentimiento, pensando que he correspondido á vuestro amor aumentando vuestros sufrimientos y vuestra tristeza! He afligido pues vuestro Corazón que tanto me ha amado. No he dejado de ser agradecido para con las criaturas, y sólo para con Vos he sido ingrato. ¡Oh Jesús mío! perdonadme, que estoy arrepentido de todo mi corazón.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón lleno de amor! ¿qué he hecho ó qué he sufrido por Vos hasta aquí?

Ejemplo.

María Ock, cuya vida maravillosa no cede en nada á la de Santa Cristina

la Admirable ni á la de Santa Catalina de Sena, nació en Lieja en 1622, y ahí murió en 1684.

La profesión de modista que ejerció toda su vida, prueba que no hay estado incompatible con la más sublime perfección. Esta piadosa virgen, en quien brillaban una inocencia y una caridad sin límites, no dejó de ser tiernamente amada del Corazón de Jesús, recibiendo de Él privilegiados favores, y tuvo á este Corazón sagrado una devoción verdaderamente notable.

Y para convencer de ello al lector, vamos á citar algunos fragmentos de su vida, escrita por su mismo director, el R. P. Alberto de San Germán, de la orden de los carmelitas.

Refiere este autor que Jesucristo hizo ver muchas veces á esta hija devota su Corazón traspasado, adornado con los instrumentos de su pasión, y dejando correr por la abertura de su sagrado costado la sangre preciosa de nuestra redención. «Esta sangre,

le dijo el Salvador, debe servir como un sello para marcar la unión estrecha de mi Corazón divino con el tuyo, de manera que en adelante nuestros dos corazones sean inseparables.» Llegó un día á alcanzar la felicidad de ver al niño Jesús, tal como estaba en Belén, pero acostado sobre una cruz, el Corazón abierto y ensangrentado, las manos y los pies horadados y el cuerpo cubierto de llagas. Un día se puso María á besar un pequeño crucifijo; pero cuando llegó á la llaga del Corazón, la besó con tanto fervor, que cayó en éxtasis, y al mismo tiempo oyó una voz que le dijo que lo hiciera con moderación: «¡Cómo, Jesús mío, con moderación! exclamó ella, redoblando sus besos, ¡cómo puede llegarse ahí con moderación, viendo en Vos un amor tan grande hacia nosotros!» Como rogara en una ocasión por un hombre perseguido, se la dijo fuera á advertirle que no tenía más que confiar sus enemigos á Jesucristo y que este buen Sal-

vador, en recompensa, se daría á él con su bendición eterna.

Preguntó al Salvador si le agradaban las oraciones que se le dirigían por las almas justas, y Él le respondió que, haciéndolo, se le da un vino purísimo que regocija su divino Corazón; que cuando se le pide por los pecadores, se le da el mismo placer que ofreciéndole un vino más dulce que la miel, y que las oraciones que se le hacen por las almas del purgatorio le ocasionan mucho gozo, porque están en su amistad y son el objeto de su benevolencia, y así desea que se libren cuanto antes de sus penas.

Otro día, estando en su oratorio, María ofreció á Dios las calumnias que se habían propalado contra ella. De repente oyó una voz que le decía claramente estas palabras: *Famás me habéis hecho, hija mia, oración ni ofrenda más agradable; ella me ha traspasado el Corazón, y por eso os perdono vuestros pecados y os doy*

mi gracia. Las siguientes palabras le fueron dichas también por Nuestro Señor: *Hija mía, cuando estáis enferma, os abrazo con mi izquierda, y cuando estáis sana, os abrazo con mi derecha, pero sabed que cuando os abrazo con mi izquierda, mi Corazón, todo lleno de amor, está más cerca de vuestro corazón, donde he puesto mi morada.*

....

MAYO.

El Corazón afligido de Jesús, abismo insondable de dolor.

Alma fiel, hé aquí la Hora Santa!...
 A Trasladémonos á Gethsemaní, y tratemos de sondear el abismo de dolores en que en este momento se sumerge el Corazón de Jesús. Pero, ¿qué digo? ¿Quién podrá jamás expresar, ó solamente concebir la extensión de la desolación de Jesús, desolación mil veces más terrible que todos los suplicios que le esperaban

en Jerusalén y sobre el Gólgota, tan violenta, en una palabra, que bastaba para quitarle la vida? *Mi alma, dice Él, está triste hasta la muerte.*¹⁾ Pero, ¿por qué no muere? ¡Ah! es que Él mismo retarda su muerte y prolonga su vida para sacrificarla sobre la cruz.

Es verdad que en esta desolación extrema *un ángel vino del cielo para confortarlo;*²⁾ pero este socorro, lejos de aliviar su pena, sólo la aumentó; el ángel reanima sus fuerzas para ayudarle á sufrir más tiempo por la salvación de los hombres; le da valor representándole la grandeza de los frutos de la pasión, pero sin disminuir nada el dolor. Además, inmediatamente después de la aparición del espíritu celeste, *Jesús cae en agonia y suda sangre en tal abundancia, que baña la tierra.*

Hé aquí pues, alma fiel, hé aquí la más cruel de todas las horas que el Corazón de Jesús pasó en la tierra:

¹⁾ Matth. 26, 38. — ²⁾ Luc. 22, 43.

hé aquí cómo su dolor llegó al grado supremo. En vista de los tormentos que van á poner término á su vida, se aterroriza hasta tal punto que suplica á su Padre lo libre de ellos: *Padre mío, si es posible, aparta de Mí este cáliz.* ¹⁾ Sin embargo, Jesús no hace precisamente esta oración para escapar al suplicio que le espera, puesto que se ha sometido á él voluntariamente; pero quiere hacernos comprender las angustias que experimenta con el pensamiento de una muerte tan amarga según los sentidos; pero, hablando al punto según el espíritu, tanto para conformarse con la voluntad de su Padre como para obtenernos la salvación, objeto de los más ardientes deseos de su divino Corazón, agrega: *No obstante, hágase vuestra voluntad y no la mía* y continúa así orando y resignándose durante tres horas: *Se pone por tercera vez en oración, repitiendo siempre las mismas palabras.* ²⁾

¹⁾ Matth. 26, 39. — ²⁾ Matth. 26, 14.

¡Qué abismo de aflicción debe ser el infierno, puesto que todo un Dios ha querido sumergirse en un océano de tales amarguras para preservarnos de él! ¡Desgraciados los que serán separados para siempre de Aquel que tanto ha sufrido por salvarlos! ¡Ah! no serán las tinieblas, la infección, los gritos, el fuego, lo que constituirá su infierno, sino el dolor de haber perdido á Dios. *Todos los tormentos juntos, dice San Bruno, no podrán igualarse á esta pena.* San Juan Crisóstomo asegura que *mil infiernos no serán nada en comparación con este tormento.* Para daros alguna idea, considerad que, si se pierde, por ejemplo, una piedra preciosa de valor de cien escudos, se experimenta una gran pena; pero si vale doscientos, la pena será doble, y si fuera cuatrocientos, la pena aumentaría en proporción; así el pesar que se siente en la pérdida de un objeto, crece en razón de su valor. Ahora bien, ¿qué es lo que ha perdido el conde-

nado? Un bien *infinito*, que es Dios; la pena que le causa esta pérdida es pues en cierto modo *infinita*, dice Santo Tomás.

En este mundo, sólo las almas santas comprenden esta desgracia. En cuanto á los pecadores, para nada toman en cuenta esta privación; viven meses y años lejos de Dios, y no se inquietan por ello: y ¿por que? porque viven en las tinieblas. En la hora de la muerte, reconocerán, sin embargo, la grandeza del bien que han perdido por su culpa; pero ¡ay! entonces será tarde, demasiado tarde!...

Práctica.

¡Cuán propia es esta consideración para hacerme estimar la hora santa, ya que por medio de este piadoso y saludable ejercicio, podré arrancar muchas almas al infierno! Si me cuesta hacerlo, me diré á mí mismo que es una hora de agonía bien dulce comparada con la agonía de Jesu-

cristo en el Huerto de los Olivos, y con la agonía eterna de los réprobos en el infierno.

Afectos y súplicas.

¡Oh dulce, oh amable, oh amantísimo Corazón de Jesús! Vos habéis estado lleno de amargura y agonizante en el Huerto de los Olivos, sin ningún alivio y sin que nadie viera vuestra pena, ó al menos os consolara y tomara parte en ella. Vos habéis sufrido todo esto ¡oh Jesús mío! para satisfacer por la agonía eterna que yo debería sufrir en el infierno á causa de mis pecados. Vos habéis sufrido un cruel abandono á la privación de todo socorro para salvarme á mí, que he tenido la audacia de abandonar á Dios y volverle la espada para satisfacer mis perversas inclinaciones. Os doy gracias ¡oh Corazón de mi Señor, tan afligido y tan lleno de amor! os doy gracias y comparto con Vos vuestros dolores, sobre todo, viendo que sufrís tanto por amor á

los hombres, y que éstos permanecen insensibles. ¡Oh amor de Jesús!... ¡Oh ingratitud humana!... ¡Oh hombres! contemplad á este inocente Cordero, agonizante por vosotros, á fin de satisfacer á la justicia de Dios por las injurias que le habéis hecho; vedle orando é intercediendo por vos otros ante su Padre, vedle y amadle... ¡Oh! dulce Redentor mío, cuán pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡cuán pocos son los que os aman!... ¡Ay! yo mismo he tenido la desgracia de vivir durante largo tiempo sin pensar en Vos! ¡Habéis sufrido tanto para que os ame, y yo no os he correspondido! Jesús mío, perdonadme; quiero corregirme, quiero de aquí en adelante amaros. ¡Cuán desgraciado sería si aún resistiera á vuestra gracia y por eso me condenara! Todas las misericordias que me habéis hecho, y particularmente esta dulce invitación, por medio de la cual me convidáis en este momento á amaros,

serían en el infierno mi más cruel suplico. Amadísimo Jesús mío, tened piedad de mí, no permitáis que siga correspondiendo á vuestro amor con la ingratitud; iluminadme y dadme fuerzas para vencer todo y cumplir vuestra santa voluntad. Oídme, os lo suplico, por los méritos de vuestra pasión.

¡Oh queridísima Madre María Santísima! socorredme; Vos me habéis ya obtenido tantas gracias del Corazón de Jesús; os las agradezco, pero, si no continuáis protegiéndome, seré infiel como lo he sido hasta hoy.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón de Jesús, infinitamente misericordioso! no permitáis que sea yo tratado como lo he merecido por mis pecados.

Ejemplo.

Apacentando su rebaño un niño de ocho ó nueve años de edad, sobre un ribazo de San Lupo, en la diócesis de Poitiers, se entretenía en

recorrer los *Anales de la propagación de la fe*. Un día que leía la relación de los sufrimientos y de la muerte del venerable Carlos Cornay, exclamó: *¡Yo también quiero ir al Tong-King, yo también quiero ser mártir!* Algún tiempo después, conversando con su padre, le hizo de repente esta reflexión: «Padre mío ¿cuánto puede valer este prado?» — «No lo sé con exactitud, dijo el padre; ¿por qué me haces esta pregunta?» — «¡Ah! si tú pudieras darme, yo lo vendería para hacer mis estudios.» El niño que hablaba así es un ilustre mártir del Tong-King, donde fué decapitado en 1861. Su nombre es Teófano Venard. Leyendo su correspondencia es imposible dejar de ver en él la más tierna devoción hacia los Corazones de Jesús y de María. Escribía del seminario de las misiones extranjeras á sus padres: «¡Qué importa la distancia que nos separa, puesto que estamos unidos en los Corazones de Jesús y de

María! ¡El cielo es el sitio donde nadie falta!» — «Dios, decía á su hermana, Dios nos ha dado un mismo corazón... Hemos nacido para estar unidos, y no formar sino una sola alma en el cielo, en los Corazones de Jesús y de María. Y ¿no ves que si la Providencia nos separa, es porque quiere unirnos otra vez?» Á su hermano Eusebio le decía: «Deposita siempre el pensamiento de tu porvenir en el Corazón de Jesús, el Dios hecho hombre y que durante un tiempo fue joven; porque Jesucristo es el Dios niño, el Dios joven, el Dios hombre y el Dios de todas las edades; en el Corazón de Jesús, digo, y en el Corazón de María.» Habiéndole participado su hermana el deseo que tenía de consagrarse al servicio de Jesucristo bajo la bandera de la virginidad, aunque permaneciendo en el mundo, Teófano se regocijó inmensamente por tal determinación. «Ojalá tus deseos se cumplan, le escribía; celebro tus bó-

das; da tu corazón y tu vida, revístete con el traje nupcial, ponte un anillo en tu dedo y toma un nombre nuevo. Yo te saludo, virgen esposa de Jesucristo. ¡Ojalá llegue luego el día en que sepa que mi amadísima hermana forma parte del coro de las vírgenes, cuya Reina es María inmaculada! » Cuando su hermana se consagró al Señor, el misionero le envió este billete: « Te felicito; pero acuérdate que tu primer deber está en la familia y por la familia. Dulzura y humildad en los santos Corazones de Jesús y de María. » ¡Cuán tiernas son las palabras que escribía de Hong-Kong á su hermano! « Mi querido hermano, pongo mi corazón en el tuyo, pon tú tu corazón en el mío, y pongamos los dos nuestros corazones en los de Jesús y de María, y así seremos hermanos inseparables en la vida y en la muerte, aquí y en la eternidad. » Más tarde sufrió en la China una grave enfermedad en los pulmones; los remedios

no hacían efecto; mas hizo una novena al Corazón de Jesús y obtuvo su curación inmediatamente. No cesaba de repetir esta breve oración: *Jesús dulce y humilde de Corazón, tened piedad de nosotros.* Esto era en él un hábito. ¡Cuánta dulzura manifestaba también en la prisión! « Yo beso, decía, esta linda cadena de hierro, verdadero lazo de esclavitud de Jesús y de María, y que no cambiaría ni á peso de oro. » Habiéndole preguntado el mandarín si tenía rencor con el que lo había tomado: « ninguno, respondió Venard; la religión cristiana nos enseña á amar á los que nos odian. » — « Pisad la cruz, le dijo el mandarín, y no os matarán. » — « ¡Cómo! replicó el mártir: he predicado la religión de la cruz y ¿queréis que la abjure? Lejos de mí tal apostasía. » — « Mi destierro vá á concluir, escribía á sus padres, y toco ya el suelo de mi verdadera patria, la tierra desaparece y el cielo se entreabre. No siento

la vida de este mundo; mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna.»

....

JUNIO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de los pecados del mundo.

Parece que el Corazón afligido de Jesús nos invita al piadoso ejercicio de la Hora Santa con estas palabras del profeta Jeremías: *¡Oh vosotros, que pasáis por el camino! miradme y ved si hay dolor semejante á mi doior.* Para comprender toda la extensión é intensidad de esta aflicción, es necesario que meditemos, por una parte el amor que nos tiene el Corazón de Jesús, deseoso de salvarnos á cualquier precio, y por otra el horror que tiene por el pecado, causa de nuestra pérdida. ¿Sería mucho, alma fiel, consagrar una hora cada mes á esta saludable meditación?

Jesús lleva en su Corazón á todos los hombres, porque á todos los ama.

Pero, siendo todos ellos pecadores, no son para el Corazón amante de Jesús, sino *cruelas espinas* que lo desgarran, según el pensamiento de San Agustín. Es verdad pues que hemos sido los verdugos de este amable Corazón, y verdugos más crueles que los que despedazaron el cuerpo del Salvador. En efecto, buscad en el Huerto de los Olivos, y no hallaréis ni verdugos para flagelarlo, ni espinas, ni clavos, y, sin embargo, corre la sangre divina: *Y tuvo, dice san Lucas, un sudor como de gotas de sangre, que corría hasta el suelo.*¹⁾ ¿Cuál puede ser la causa de este sudor? ¿Es la previsión de su suplicio la que lo pone en esas angustias? Nó, puesto que *El se ofreció espontáneamente á sufrirlo.*²⁾ ¡Ah! no busquemos en esto otra causa que nuestros pecados. De la misma manera que en el lagar se hace salir el vinc de la uva, así nuestros pecados hicieron salir la sangre de las

1) Luc. 22, 44. — 2) Is. 53, 7.

La Hora Santa.

sagradas venas de Jesucristo. ¿Cuántas veces no hemos contribuído á esta aflicción aumentando el peso de nuestras faltas? ¡Ah! pesemos aquí la malicia del pecado, á fin de maldecir para siempre lo que ha afligido tanto el Corazón de este buen Maestro.

El pecador aflige al Corazón de Jesús, porque *deshonra á Dios*,¹⁾ cuya gloria vino á restablecer el Salvador. ¿No renuncia, en efecto, á la gracia santificante y á la amistad divina por una indigna satisfacción? Si el hombre consintiera en perder la amistad de Dios por ganar un reino, y aún el mundo entero, por cierto que haría un grandísimo mal; porque la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos. Pero, ¿por qué ofende á Dios el pecador? Por un poco de tierra, por un movimiento de cólera, por un placer brutal, por un humo que desaparece, por un capricho. Cuando

¹⁾ Rom. 2, 23.

el pecador se pone á deliberar si consentirá ó nó en el pecado, toma, por decirlo así, la balanza en la mano, para ver lo que pesa más, lo que es preferible, si la gracia de Dios, ó tal pasión, esta ilusión ó aquel placer; cuando después da su consentimiento, declara que esa pasión y ese placer valen más que la amistad de Dios. ¿No es esto deshonar á Dios?

El pecador aflige también al Corazón de Jesús, porque se entrega al poder del demonio, cuyo imperio ha venido á derribar el Redentor. Cuando un alma consiente en el pecado, dice á Dios: *Señor, retiraos de mí.*¹⁾ Ella no lo dice con la boca, pero lo dice de hecho, porque sabe que Dios no puede permanecer donde está el pecado; pecando, ella misma destierra á Dios de su corazón; y desterrándolo, hace inmediatamente entrar y tomar posesión de él al demonio. Por la misma puerta

¹⁾ Job 21, 14.

donde sale Dios, entra el enemigo y se establece como amo en el lugar de Dios. Cuando se bautiza un niño, el Corazón de Jesús se regocija, porque el sacerdote intima al demonio la orden de salir de esa alma y de ceder el lugar al Espíritu Santo; pero, cuando el hombre consiente en el pecado, el Corazón divino se aflige, porque el pecador hace salir á su Dios de su alma y ceder el lugar al demonio. ¿No es esto levantar el imperio de Satanás, destruído por la Redención?

Por fin, lo que aflige al Corazón de Jesús es que lo obligue el pecador á pronunciar sobre su cabeza la fatal sentencia de condenación: *¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno!*¹⁾ ¡Desgraciado del que rechaza las gracias que Jesucristo le ha adquirido por medio de tantos trabajos y dolores! ¡Ah! será su mayor tormento en el infierno el pensamiento de que un Dios, por atraer-

¹⁾ Matth. 25, 41.

lo á su amor, ha dado su vida sobre la cruz, y que él por su propia voluntad ha querido perderse, entregándose para siempre á una ruina completa y por toda una eternidad!..

Práctica.

Ofreceré á menudo al Padre eterno las aficciones del Corazón de Jesús, en reparación de mis pecados y de todos los del mundo.

Afectos y súplicas.

No fue, Jesús mío, no fue la contemplación de los azotes, de las espigas y de la cruz, lo que os ocasionó tan grande aficción en el Huerto de Gethsemaní; fue la vista de mis pecados lo que abrumó vuestro corazón de tanto dolor y tristeza, que os hizo sudar sangre y os redujo á la agonía. Hé aquí pues cómo he correspondido al amor que me habéis manifestado muriendo por mí. ¡Ah! dadme una parte de ese dolor que sentisteis por mis faltas en el Huerto de los Olivos,

para que me mantenga en la contrición todo el resto de mi vida. ¡Oh dulce Redentor mío! ¡que no pueda yo ahora con mi arrepentimiento y mi amor, consolaros tanto como os afligí entonces! Me arrepiento de todo mi corazón ¡oh Amor mío! de haber preferido miserables satisfacciones á Vos, que todo lo merecís: me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Á pesar de mis ofensas, oigo que me pedís mi amor: *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma.*¹⁾ Sí, Dios mío, os amo con todo mi corazón, os amo con toda mi alma; dadme Vos mismo todo el amor que me pedís. Si en otro tiempo me he buscado á mí mismo, ahora quiero buscaros á Vos solo; reconociendo que Vos me habéis amado más que nadie, más que á nadie quiero amaros yo también.

Atraedme siempre, Jesús mío, atraedme más y más á vuestro amor por el olor de vuestros perfumes, es

¹⁾ Matth. 22, 37.

decir, por los dulces atractivos de vuestra gracia. Dadme, en una palabra, fuerza para corresponder á la ternura que todo un Dios ha tenido con un ingrato é infiel gusano de la tierra.

¡Oh María, Madre de misericordia! interceded por mí.

ORACIÓN JACULATORIA. — Padre eterno, perdonadme por los méritos del Corazón de Jesús.

Ejemplo.

Santa Rosa de Lima tuvo la felicidad de llegar á ser esposa del Corazón de Jesús.

Estando un día rodeada de algunas de sus compañeras, una mariposa descendió sobre ella, revoloteó algún tiempo á su izquierda y concluyó por posarse sobre su corazón. Después de permanecer ahí algunos instantes en una actividad continua, voló, dejando sobre la ropa de la joven virgen un corazón perfectamente dibujado. Todas las personas ahí presentes notaron con sorpresa esta mis-

teriosa pintura, pero sin comprender su significado. Rosa tampoco lo comprendió; solamente oyó una voz que le decía: *Rosa, dame tu corazón.* Un día se le apareció Jesucristo con su divina Madre, y le dijo esta palabra, la más dulce y más amable que puede un Dios dirigir á su criatura: *Rosa de mi Corazón, se tú siempre mi esposa.* Para no perder el recuerdo de un beneficio tan grande, formó el propósito de adquirir un anillo nupcial: lo comunicó á su hermano, pero sin hablarle de lo que le había sucedido; este buen hermano, queriendo cumplir al punto su deseo, tomó la medida de su dedo y dibujó el anillo sobre el papel, adornándolo con un medallón que representaba á Jesucristo. No faltaba más que convenir en la divisa que debía rodearlo. Rosa con su mirada consultó á su hermano; éste no hizo esperar su decisión: volvió á tomar la pluma y trazó estas palabras: *Rosa de mi Corazón, se tú siempre mi esposa.* Grande fue la

admiración de esta santa niña, viendo que su hermano expresaba, sin conocerla, la maravilla que acababa de sucederle, y con las mismas palabras de Jesucristo. En realidad fue su esposa fiel, porque aún en el mundo amaba á Jesús Niño, lo amaba en sus sufrimientos y lo amaba en la Eucaristía, más aún de lo que puede imaginarse.

Á la edad de catorce años comulgaba ya tres veces por semana. Se preparaba á cada comunión como si hubiera de ser la última de su vida. «No hay en este mundo, decía, ni placer ni alegría que pueda dar una idea de la felicidad que experimento en este delicioso festín, donde mi alma ávida se alimenta de la carne de Dios.» Para satisfacer su devoción hacia el Santísimo Sacramento, asistía diariamente á cuantas misas podía. En los días en que estaba expuesta la Santa Hostia, permanecía en adoración desde la mañana hasta la tarde. Inclínaba la cabeza cuando en

la conversación se nombraba el Santísimo Sacramento; y uno de sus más dulces placeres era oír á los predicadores exaltar este inefable misterio. No contenta con adornar los tabernáculos con flores naturales que cultivaba en su jardín, las hacía artificiales de una belleza notable y consagraba á esta ocupación una parte de la noche, reservándose el día para trabajar para su familia, que no tenía gran fortuna.

La feliz esposa del Corazón de Jesús dejó la tierra para recibir la corona de las vírgenes el año de 1617.

JULIO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de los escándalos del mundo.

Una de las principales fuentes de la aflicción del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní, fue la previsión de los escándalos que no cesarían de arrancarle almas hasta

el fin del mundo. Lo comprenderéis sin trabajo, amado lector, si consideráis cuán querida le es el alma, creada á su imagen y semejanza.

Las otras criaturas, las ha creado por un *fiat*, un signo de su voluntad; pero el alma es *como emanada de su soplo divino*.¹⁾ Á esta alma *la ha amado desde la eternidad*,²⁾ y la ha destinado á reinar en el cielo y á participar de su gloria divina. Yo mismo, dice Dios al alma pidiéndole su amor, *yo mismo seré tu recompensa infinitamente grande*.³⁾

Pero nada prueba mejor cuánto estima el Corazón de Jesús á un alma, que lo que ha hecho por rescatarla, por sacarla del abismo de perdición en que la había precipitado el pecado. Las cosas, en efecto, son estimadas por el precio que un hombre sabio quiere darles. Si Jesucristo ha vertido su sangre por las almas, debemos decir que las almas valen la sangre de todo un Dios. Lo que más

1) Gen. 2, 7. — 2) Jer. 31, 3. — 3) Gen. 15, 1